

BIBLIOTECA RECREATIVA CONTEMPORANEA.
(ECONOMICA.)

OBRAS PUBLICADAS.

	Madrid.	Provincias.
	Pesetas.	Pesetas.
<i>El Médico de las Locas</i> (5. ^a edición), por J. de Montepin.....	3	3
<i>La Escuela del Gran Mundo</i> , por G. Graell.....	2	2,50
<i>La Cigarra</i> (2. ^a edición), por J. O. Munilla.....	2,50	2,50
<i>Sor Lucila</i> (continuación de <i>La Cigarra</i>), tercera edición, por J. Ortega Munilla.	2	2,50
<i>Don Juan Solo</i> , por J. Ortega Munilla.....	2	2,50
<i>El Fiacre número 13</i> , por Javier de Montepin, tres tomos.....	4,50	4,50
<i>Nana</i> (4. ^a edición), por E. Zola, dos tomos..	3	3
<i>Solos de Clarín</i> (Leopoldo Alas).....	2,50	2,50
<i>Teresa Raquin</i> (2. ^a edición), por E. Zola....	3	3
<i>Mi tío Barbassou</i> , por E. Uchard.....	3	3
<i>La Reputación de una mujer</i> , por la Princesa Rattazzi.....	1,50	1,50
<i>Concepción</i> , por Juan Tomas Salvany.....	2,50	2,50
<i>Poesías</i> de Juan Tomas Salvany.—Estas composiciones, varias de las cuales han sido vertidas al portugués y al alemán, forman un tomo en 4. ^o mayor francés.....	5	5
<i>La Ralea</i> (La Curée) (2. ^a edición), por Emilio Zola.....	3,50	3,50
<i>Los Reyes en el destierro</i> (2. ^a edición), por Alfonso Daudet.....	2,50	2,50
<i>Una página de amor</i> , por Emilio Zola.....	3	3
<i>La Literatura en 1881</i> , por Armando Palacio y Leopoldo Alas (Clarín).....	2	2

NUMA ROUMESTAN.

I.

¡A las Arenas!

Aquel domingo, un domingo de Julio, caldeado al blanco, celebrábase, con ocasión del concurso regional, una gran fiesta de día en las Arenas de Aps-en-Provence. Toda la ciudad había acudido: los tejedores del Chemin-Neuf, la aristocracia del barrio de la Calade, y hasta la gente de Beaucaire. «¡Cincuenta mil personas, lo menos!», decía *El Foro* en su crónica del día siguiente; pero debe tenerse en cuenta la exageración meridional.

La verdad es, que muchedumbre enorme se escalonaba, se oprimía sobre la abrasada gradería del viejo anfiteatro, como en el buen tiempo de los Antoninos, y la fiesta de los comicios no entraba por nada en este desbordamiento del pueblo. Era preciso otro aliciente mayor que las carreras *landesas*, las luchas para hombres y *medios hombres*, los juegos del *ahorcagato* y del *salto sobre el odre*, los concursos de flautillas y tamboriles, espectáculos más gastados que la piedra enrojecida de las Arenas, para estar dos horas de pié sobre losas que echaban lumbre; dos horas bajo un sol que mata; dos horas ce-

gándose, respirando llama y aire de olor de pólvora, desafiando á las oftalmías, á las insolaciones, á las fiebres perniciosas, á todos los peligros y todas las torturas de lo que llaman por allá una fiesta de día.

El gran atractivo del concurso era Numa Roumestan.

¡Ah! El proverbio que dice: «Nadie es profeta.....» es ciertamente verdadero respecto de los artistas y de los poetas, cuya superioridad son los últimos en reconocer sus compatriotas, por lo mismo que es ideal, en suma, y sin efectos visibles; mas no podría aplicarse á los hombres de Estado, á las celebridades políticas ó industriales, á esas fuertes glorias de relacion, que se amonedan en favores, en influencias, y se reflejan en bendiciones de todas clases sobre la ciudad y sobre el habitante.

Hé aquí que Numa, el gran Numa, el diputado *leader* de todas las derechas, es profeta en tierra de Provenza; diez años hace que la ciudad de Aps tiene para este hombre ilustre las ternuras, las efusiones de una madre, y de una madre del Mediodía; de manifestaciones, de gritos, de caricias gesticulantes.

En cuanto llega, por el verano, cuando la Cámara está en vacaciones, y en cuanto aparece en la estacion, comienzan las ovaciones: allí están los orfeones, hinchando con coros heroicos sus estandartes bordados; los ganapanes, sentados en las escaleras, aguardan á que la vieja carroza de familia, que viene á buscar al *leader*, haya dado tres vueltas entre los frondosos plátanos de la Avenida Berchère; entónces se colocan ellos mismos en las varas y arrastran al grande hombre, en medio de los vivas y de los sombreros en alto, hasta la casa Portal, donde desciende.

Y este entusiasmo ha pasado de tal modo á ser tradicion, á formar parte del ceremonial de la llegada, que los caballos se detienen espontáneamente, como en un relevo de posta, en la esquina de la calle donde los ganapanes acostúmbren á des-

engancharlos, y todos los latigazos serian inútiles para hacerles avanzar un paso más.

Desde el primer día, la ciudad cambia de aspecto: ya no es la triste prefectura, la de las largas siestas arrulladas por el grito estridente de las cigarras que campean sobre los árboles abrasados del Coso.

Aun á las horas de sol, las calles, la explanada, se animan y se pueblan de gentes atareadas, con sombreros de visita, vestidas de paño negro, enteramente desentonadas en la viva luz, recortando sobre los muros blancos la sombra epiléptica de sus gestos. La carroza del Obispo y la del Presidente hacen estremecer la calzada: despues, delegaciones del arrabal, donde Roumestan es adorado por sus convicciones realistas; diputaciones de tejedoras llegan por bandadas á lo ancho del *boulevard*, con la cabeza erguida bajo la cofia arlesiana; las posadas están llenas de gente campesina, labradores de Camargue ó de Cran, cuyas carretas desenganchadas interceptan, como en los días de mercado, las pequeñas plazas, las calles de los barrios populosos; por la noche, los cafés, atestados de gente, permanecen abiertos hasta muy tarde, y las vidrieras del círculo de los Blancos, iluminadas á deshora, se conmueven bajo los estallidos de la voz de Dios.

¡No hay profeta en su patria! No habia más que ver las Arenas en aquel azul domingo de Julio de 1875: la indiferencia del público por lo que pasaba en el circo; todas las caras vueltas al mismo sitio; ese fuego cruzado de todas las miradas sobre el mismo punto; el estrado municipal, donde Roumestan estaba sentado en medio de los trajes recargados y de las sedas tersas, multicolores, de las sombrillas de ceremonia; no habia más que oír las conversaciones, los gritos de éxtasis, las sencillas reflexiones en alta voz de aquella buena plebe de Aps, las unas en provenzal, las otras en un frances bárbaro, como si estuviera empapado en ajo, todas con un acento tan

implacable como el sol de la comarca, que recorta y da valor á cada sílaba y no perdona un punto sobre una *i*.

— ¡Dieu, qu'es bèou.....! ¡Dios qué hermoso es.....!

— Su cuerpo ha aumentado un poco de volúmen desde el año pasado.

— ¡Tiene el aire más imponente!

— ¡No empujeis tanto.....! ¡Hay sitio para todo el mundo!

— Chiquito, ¿ves á nuestro Numa? Cuando seas grande, podrás decir que le has visto, ¿qué?

— ¡Siempre su nariz de Borbon! ¡Y ni un diente le falta!

— ¡Y no tiene ni un cabello blanco!

— Ya, ¡cáspita.....! Aun no es tan viejo..... Es del 32, el año en que Luis Felipe tiró las cruces de la misión; ¡*pécairé!*

— ¡Ah bribon de Felipe!

— No los representa, sus cuarenta y tres años.

— Cierto que no, que no los representa..... ¡Qué hermoso astro!

Y con un gesto atrevido, una buena moza, con ojos de brasa, le enviaba desde léjos un beso, que resonaba en el aire como el grito de un pájaro.

— Ten cuidado, Zette..... ¡Si te viera su esposa!

— ¿Es la de azul su señora?

No; la de azul era su cuñada, la señorita Hortensia, una linda jovencilla recién salida del convento y que ya «montaba á caballo» como un dragon.

La señora Roumestan era más juiciosa, de más asiento; pero tenía el aspecto mucho más altanero..... ¡Estas señoras de París están tan engreidas!

Y con el pintoresco descaro de su lengua semilatina, las mujeres, de pié, con las manos formando pantalla sobre los ojos, detallaban en voz alta á las dos parisienses, sus sombreros de viaje, sus trajes ceñidos, sin alhajas, formando un contraste tan grande con los tocados locales, recargados con

cadenas de oro, guardapiés verdes ó rojos, y enormemente ahuecados.

Los hombres enumeraban los servicios prestados por Numa á la buena causa, su carta al Emperador, su discurso en pro de la bandera blanca. ¡Ah, si en la Cámara hubiera habido una docena como él, Enrique V estaria en el trono hace mucho tiempo!

Ebrio con estos rumores, soliviantado por aquel entusiasmado ambiente, el buen Numa no podia estarse quieto: se recostaba sobre su ancho sillón, con los ojos cerrados, con el rostro dilatado, y se volvía de un lado á otro; despues se alzaba, botaba, recorria la tribuna á grandes pasos, se inclinaba un instante hácia el circo, husmeaba aquella luz, aquellos gritos, y volvía á su sitio; familiar, buen muchacho, con la corbata suelta, poníase de rodillas sobre su asiento, y con la espalda y las suelas de los zapatos vueltas hácia la multitud, hablaba á sus parisienses, que estaban sentadas detras y más en alto que él, y trataba de comunicarles su alegría.

La señora Roumestan, sin embargo, se aburría: veíase esto en la expresion de despego, de indiferencia, que se pintaba en su rostro de bellas líneas y de frialdad algo altiva cuando no las iluminaban el fulgor gracioso de sus dos ojos grises, dos ojos de perla, verdaderos ojos de parisiense, y la sonrisa entreabierta de una boca centelleante.

Estas alegrías meridionales, formadas de turbulencias, de familiaridades, y esta raza verbosa, siempre exterior, superficial, tan opuesta á su natural tan íntimo y grave, la disgustaban, y quizá, sin darse bien cuenta de ello, porque encontraba en este pueblo el tipo multiplicado, vulgarizado, del hombre con quien vivía desde hacía diez años, y al que habia aprendido á conocer, á sus expensas. Ni áun siquiera le agradaba aquel cielo de brillo excesivo y de color

do. ¿Cómo se las arreglaba para respirar toda aquella gente? ¿Dónde hallaba aliento para tantos gritos? Y se ponía á soñar en un lindo cielo parisiense, gris y nebuloso, y en un fresco chubasco de Abril que humedecía las aceras relucientes....

—¡ Oh Rosalía ! ; Si se pudiese decir !....

Su hermana y su marido se indignaban ; sobre todo su hermana, una hermosa jóven, deslumbradora de vida y de salud, erguida, cuan alta era, para ver mejor. Era la primera vez que iba á Provenza, y hubiérase dicho, no obstante, que todo aquel aparato de gritos y de gestos, bajo un sol italiano, removía en ella una fibra secreta, un instinto dormido, los orígenes meridionales que revelaban sus largas cejas, unidas sobre sus ojos de hurí, y la palidez de un cútis que el fuego del estío no lograba enrojecer lo más mínimo.

—Veamos, mi querida Rosalía—decía Roumestan, que procuraba convencer á su mujer—levantaos y mirad allá.... ¿Habeis visto jamas en París algo semejante ?

En el inmenso anfiteatro, ensanchado en elipse, que recortaba un gran trozo de cielo azul, millares de caras se unían sobre las graderías sobrepuestas con el punteado vivo de las miradas, el reflejo variado, el mariposeo de los tocados de fiesta y de los trajes pintorescos.

De allí, como de una cuba gigantesca, subían gritos alegres, estrépitos de voces y trompetas, volatilizados, por decirlo así, por la intensa luz del sol; y aunque apenas distinto en las gradas inferiores, donde empolvaban la arena y los alientos, este rumor se acentuaba al subir y se aclaraba en el aire puro.

Distinguíase, sobre todo, el grito de los vendedores de bollos de leche, que paseaban de grada en grada su canastilla guarnecida de lienzos blancos : *Li pan on la ... li pan on la!*, y las vendedoras de agua fresca, balanceando sus cánta-

ros verdes y barnizados, que os daban sed al oírlas chillar : *¡ L'aigo es fresco!.... ¿Quan voit beure?....* «El agua está fresca.... ¿Quién quiere beber?»

Luégo, en lo más alto, los niños, corriendo y jugando en la cresta de las Arenas, colocaban sobre aquella gran barahunda una corona de sonos agudos, parecida á un vuelo de vencejos en el reino de las aves.

Y sobre todo esto, ¡ qué admirables juegos de luz, á medida que—avanzando el día—el sol daba vuelta lentamente al rededor del vasto anfiteatro como en el disco de un cuadrante solar, haciendo retroceder á la muchedumbre, agrupándola en la zona de la sombra, determinando el vacío en los sitios demasiado expuestos al vivo calor, espacios de losas rojas separadas por hierbas secas, donde incendios sucesivos han dejado negras huellas !

Á veces, de los pisos superiores del viejo monumento desprendíase una piedra bajo la presión del gentío, rodaba de gradería en gradería en medio de gritos de terror, de oscilaciones, como si todo el circo se viniera abajo, y esto producía sobre los tendidos un movimiento análogo al asalto de un escarpe por la mar furiosa ; porque en esta raza exuberante, impresionable, el efecto nunca está en relación con la causa, sino aumentada por visiones y percepciones desproporcionadas.

De tal suerte poblada y animada, la ruina parecía revivir, perdía su fisonomía de monumento de *cicerone*, y al mirarla, se experimentaba la sensación que da una estrofa de Píndaro recitada por un ateniense actual ; es decir, la lengua muerta tornada en viva, no teniendo ya su aspecto escolástico y frío.

Este cielo tan puro, este sol de plata vaporizada, estas entonaciones latinas conservadas en el idioma provenzal; aquí y allá, sobre todo en los sitios pequeños, ciertas actitudes á la entrada de una bóveda ; posturas inmóviles que la vibración del aire hacía antiguas, casi esculturales, el tipo de la co-

marca; esas cabezas acuñadas como medallas, con la nariz corta y rígida, las anchas mejillas bien afeitadas, la barba redonda de Roumestan, todo completaba la ilusión de un espectáculo romano; hasta el bramido de las vacas landesas, que repercutía el eco en los subterráneos, de donde salían en otro tiempo los leones y los elefantes de combate, completaba la ilusión.

Hasta cuando sobre el circo vacío y de amarillenta arena se abría el enorme agujero negro del *podium*, cerrado con una claraboya, esperábase ver saltar á las fieras en vez del pacífico y campestre desfile de bestias y de personas premiadas en el concurso.

En aquel momento tocaba la vez á mulas enjaezadas, conducidas á mano, cubiertas de suntuosas albardas provenzales, llevando erguidas sus finas cabezas, adornadas con campanillas de plata, penachos, nudos, borlas, y sin asustarse de los grandes restallidos del látigo, cortantes y claros, como petardos, como culebrillas, de los muleros que iban encaramados sobre cada una de ellas.

En la multitud, cada aldea reconocía sus objetos premiados, y los anunciaba en voz alta: «¡Mirad á Cavaillon!... ¡Ahí está Maussane!...»

La larga fila se desarrollaba alrededor de la arena, que estaba como henchida de estrépito centelleante, de repiqueteos luminosos, y se detenía ante el palco de Roumestan, haciendo restallar, como aldabada de honor, sus latigazos y sonar sus campanillas; luego continuaba su marcha circular, bajo la dirección de un buen jinete, con pantalón estrecho y botas de montar, uno de los señores del Círculo organizador de la fiesta, quien lo estropeaba todo sin darse cuenta, mezclando la provincia con la Provenza, dando á aquel curioso espectáculo local un vago aspecto de cabalgata Franconi.

Por lo demás, fuera de algunas gentes del campo, nadie

miraba: no había ojos más que para el estrado municipal, invadido hacia un momento por personas que iban á saludar á Numa: amigos, clientes, antiguos camaradas de colegio, orgullosos de sus relaciones con el grande hombre y de mostrarlas allí, sobre aquellos tablados, muy á la vista de todo el mundo.

La ola se sucedía sin interrupción: componíanla viejos, jóvenes, hidalgos campesinos en traje completamente gris, desde el botín al sombrero; jefes de taller con sus *rédingots* domingueros llenos de arrugas; después, *caseros*, arrendatarios del contorno de Aps con chaquetas redondas, y un piloto del puerto Saint-Luis, retorciendo su gruesa gorra parecida á la de un presidiario, todos con el tinte del Mediodía en la cara, ya les invadieran hasta los ojos esas barbas de palisandro, que la palidez de los tintes orientales hace aún más negras, ó ya estuviesen afeitados al estilo de la antigua Francia, con el cuello corto, encendidos y rezumando sudor, como alcarrazas de tierra cocida; todos con los ojos negros, fogosos, fuera de la órbita, y con el gesto familiar y excesivamente franco.

Y ¡cómo los acogía Roumestan, sin distinción de fortuna ó de origen, con la misma efusión inagotable!

— ¡Té, señor de Espalion! ¿Y cómo va, marqués?.... ¡Hé, bé! mi viejo Cabantous, ¿y el pilotaje?... Saludo de todo corazón al señor presidente Bedárride.

Y apretones de manos, abrazos, y esos buenos manotones en el hombro que duplican el valor de las palabras, demasiado frías siempre para expresar una simpatía meridional.

La conversación no duraba mucho tiempo. El *leader* sólo escuchaba con una oreja, y la mirada distraída, y proseguía hablando y saludando con la mano á los recién llegados; pero nadie se ofendía por su manera de despedir á la gente con buenas palabras.

—Bien, bien..... Yo me encargo de eso..... Haced vuestra solicitud..... yo la llevaré.

Eran promesas de estancos, de impuestos; hasta lo que no se pedia lo adivinaba, y alentaba las ambiciones tímidas y las provocaba.

—¡Mi buen Cabantous, todavía sin premiar despues de veinte salvamentos! ¡Enviadme vuestros papeles!..... ¡Me adoran en Marina!..... repararémos esta injusticia.....

Sonaba su voz cálida y metálica, golpeando, destacando las palabras. Hubiérase dicho que eran monedas de oro nuevas que rodaban. Y todos se iban encantados con aquella moneda brillante; descendian del estrado con la frente radiante del escolar que recoge su premio.

Lo mejor en aquel hombre endemoniado era su prodigiosa ductilidad para tomar las maneras y el tono de las personas á quienes hablaba, y esto de la manera más natural y más inconsciente del mundo: zalamero, con el gesto redondo y la sonrisa en los labios cuando hablaba con el presidente Bedárride, y el brazo magistralmente extendido, como si sacudiera su toga en estrados; aire marcial, sombrero á lo maton, para hablar al coronel Rochemaure; enfrente de Cabantous, las manos en los bolsillos, las piernas arqueadas, y el vaiven de hombros de un lobo marino. De vez en cuando, entre dos abrazos, volviase hácia sus parisienses, radiante, limpiándose la frente empapada en sudor.

—Pero, mi buen Numa—le decia Hortensia en voz baja con una risa graciosa—¿dónde adquiris todos los estancos que les prometeis?

Roumestan inclinaba su gran cabeza crespá, un poco calva en lo alto, y decia:

—Está prometido, hermanita; no está dado.

Y adivinando un reproche en el silencio de su mujer, añadía:

—No olvidéis que estamos en el Mediodía, entre compatriotas que hablan la misma lengua..... Todos estos buenos mozos saben lo que vale una promesa, y esperan su estanco lo mismo que yo trato de dárselo..... Se contentan con hablar de ello; esto les divierte; su imaginacion viaja. ¿Por qué privarles de este placer? Por lo demas, mirad; entre meridionales las palabras nunca tienen más que un sentido relativo..... Es cuestion de nada (1).

Como la frase le gustaba, la repitió dos ó tres veces, recalando el final: «de nada..... de nada.»

—Me agradan estas gentes..... —dijo Hortensia, que decididamente se divertia mucho.

Pero Rosalía no estaba conforme, y decia:

—Sin embargo, las palabras significan algo.....

Y lo repetia muy sería, como dirigiéndose á lo más profundo de su sér.

—¡Querida mia, eso depende de las latitudes!

Y Roumestan ratificó su paradoja con un movimiento de hombros, que le era familiar, parecido á el «adelante» de un buhonero que levanta su fardo.

El gran orador de la derecha conservaba, como se ve, algunos hábitos corporales, de que nunca se habia podido despojar, y que en otro partido le hubieran hecho pasar por un hombre ordinario; pero en las alturas aristocráticas donde se sentaba, entre el Príncipe de Anhalt y el Duque de la Rochetaillade, eran señal de fuerza y de gran originalidad, y el barrio de Saint-Germain enloquecia por este movimiento de hombros de la ancha y fornida espalda que sustentaba las esperanzas de la monarquía francesa.

Si la señora Roumestan habia compartido en otro tiempo las

(1) El autor emplea un equivoco sobre la palabra *point*, que significa punto y nada absolutamente.—(N. DEL T.)

ilusiones del barrio, al presente estas ilusiones habían terminado, á juzgar por el desencanto de su mirada y la casi imperceptible sonrisa que fruncia su boca á medida que el *leader* hablaba, sonrisa aún más pálida de melancolía que de desden.

Pero su marido la dejaba bruscamente, atraído por los sonos de una extraña música que subía de la arena en medio de los clamoreos de la muchedumbre que, de pié y frenética, gritaba:

— ¡Valmajour ! ¡ Valmajour !

Vencedor en el concurso de la víspera, el famoso Valmajour, primer tamborilero de Provenza, venía á saludar á Numa con sus más preciosos aires.

El tal Valmajour tenía en verdad bella presencia ; plantado en medio del circo, con su chaqueta de jerga amarilla en el hombro, y al rededor de los riñones su justillo, de un rojo vivo, que destacaba sobre la almidonada pechera de la camisa; tenía su largo y ligero tamboril colgado del brazo izquierdo por una correa, y con la mano del mismo brazo llevaba á sus labios un pequeño pífano, mientras con la derecha tocaba el tamboril, con aire arrogante y adelantando una pierna.

Con ser tan pequeño, aquel pífano llenaba el espacio como el grito estridente de las cigarras, y era muy á propósito para una atmósfera límpida, cristalina, donde todo vibra ; al paso que el tamboril, con su voz profunda, sostenía el canto y sus *fioriture*.

Al són de esta música agrillada y salvaje, mejor que todo cuanto le enseñaban desde que estaba allí, Roumestan veía surgir ante él su infancia de pilluelo provenzal, veíase corriendo para ir á las fiestas de campo, danzando bajo los plátanos frondosos de las plazas de aldea, con el polvo blanco de las carreteras sobre el espliego de las costas abrasadas.

Una emoción deliciosa humedecía sus ojos, porque, á pesar de sus cuarenta años cumplidos y de la vida política, tan propia para secar la fuente de todo sentimiento, conservaba toda-

1875
BIBLIOTECA
MONTENAPOLÉON

vía, por un beneficio de la Naturaleza, mucha imaginación y esa sensibilidad de superficie que engaña acerca del fondo verdadero de un carácter.

Y luego, Valmajour no era un tamborilero como los demás, uno de esos vulgares menestrales que coleccionan finales de cuadrillas, refranes de cafés-cantantes y encanallan su instrumento queriéndole adaptar al gusto moderno. Hijo y nieto de tamborileros, nunca tocaba más que aires nacionales, aires canturriados por las abuelas en las veladas; sabía muchos; jamás se cansaba. Después de los villancicos de Saboly, ritmados como minuetes, como rigodones, entonaba la *Marcha de los Reyes*, con la cual Turena, en el gran siglo, conquistó y asoló el Palatinado. Á lo largo de las gradas corrían en seguida los tarareos como vuelos de abeja; la multitud, electrizada, marcaba el compás con los brazos, con la cabeza, seguía aquel ritmo soberbio, que pasaba como una racha de mistral en el gran silencio de las arenas, interrumpido tan sólo por el silbo enamorado de las golondrinas que volteaban en todos sentidos allá arriba, en el azul verdoso, inquietas y suspensas como si investigasen, á través del espacio, qué invisible pájaro lanzaba aquellas notas agudas.

Al terminar Valmajour, estallaron locas aclamaciones. Los sombreros, los pañuelos dábanse al aire. Roumestan llamó al músico al estrado y le abrazó con efusión, diciéndole: « ¡ Me has hecho llorar, amigo mio ! » Y mostraba sus ojos, grandes ojos, moreno-dorados, preñados de lágrimas. Orgullosísimo de verse en medio de los bordados y de las espadas de nácar oficiales, el otro aceptaba estas felicitaciones y estos abrazos sin demasiada cortedad. Era un buen mozo, la cabeza regular, la frente alta, perilla y bigote de un negro lustroso sobre el rostro atezado, uno de esos altivos campesinos de la cuenca del Ródano, que no tienen nada de la humildad astuta de los aldeanos del centro. Hortensia notó en seguida

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1875 MONTENAPOLÉON

cómo su mano, guarecida por el guante, era blanca y fina. Miró el tamboril, su palillo con punta de marfil, se asombró de la ligereza del instrumento, el cual llevaba doscientos años en la familia, y cuya caja de nogal, adornada con ligeras esculturas, bruñida, adelgazada, sonora, parecía como suavizada por el trascurso del tiempo. Admiró, sobre todo, la chifla, la sencilla flauta rústica con tres orificios, de los antiguos tamborileros, á la que Valmajour había vuelto por respeto á la tradición, y cuyo manejo había conquistado á fuerza de habilidad y de paciencia. Nada más conmovedor que el pequeño relato que hacía de sus luchas, de su victoria. «Esto se me ocurrió, decía en su frances extraño; esto se me ocurrió de noche, oyendo cantar al ruiñeñor. Yo pensaba en mí mismo: ¡cómo, Valmajour! ahí tienes al pájaro del buen Dios, á quien basta su garganta para todos sus trinos, ¿y lo que él hace con un agujero, tú, con los tres agujeros de la flautilla, no lo podrias hacer?» Hablaba pausadamente, con un hermoso timbre seguro y dulce, sin excitar el ridículo. Por otra parte, nadie hubiera osado sonreír en presencia del entusiasmo de Numa, que levantaba los brazos y pateaba hasta hundir la tribuna. «¡Qué hermoso es!.... ¡Qué artista!....» Y despues de él, el Alcalde, el General, el presidente Bédarride, M. Roumavage, un gran fabricante de cerveza de Beaueaire, vice-cónsul del Perú, ceñido con un traje de carnaval, todo de plata; y muchos más, arrastrados por la autoridad del *leader*, repetían con un acento convencido: «¡Qué artista!» También era éste el parecer de Hortensia, y lo expresaba con su naturaleza expansiva: «¡Oh, sí, un gran artista!....», mientras la señora Roumestan murmuraba: «Pero vais á volverle loco á ese pobre mozo.» Sin embargo, ni remotamente lo parecía, á juzgar por el aire tranquilo de Valmajour, quien no se conmovió, ni aún oyendo á Numa decirle bruscamente:

BIEN SERVICIADO
 EN EL SERVICIO DE
 LA BIBLIOTECA NACIONAL
 DE ESPAÑA
 MADRID, 1911

—Vén á Paris, muchacho; tu fortuna está hecha.

—¡Oh! mi hermana no querría nunca dejarme ir—contestó sonriendo.

Su madre había muerto. Vivía con su padre y su hermana en una hacienda que llevaba su nombre, á tres leguas de Aps, en el monte de Cordone. Roumestan juró ir á verle ántes de partir. Hablaria á sus parientes; estaba seguro de arreglar el asunto.

—Yo os ayudaré para conseguirlo, Numa—dijo una voccita detras de él.

Valmajour saludó sin decir una palabra, giró sobre sus talones y descendió por el ancho tapiz del estrado, su caja al brazo, recta la cabeza, con ese ligero contoneo del provenzal, amigo del ritmo y de la danza. Abajo le aguardaban los camaradas; le estrechaban las manos. Despues resonó un grito: «¡La farándula!», clamor inmenso, doblado por el eco de las bóvedas de los corredores, de donde parecían salir la sombra y la frescura que invadian entónces las Arenas y estrechaban la zona del sol. En un instante el circo estuvo lleno, pero lleno hasta hacer saltar sus barreras, de una multitud de aldeanos, una mezcla de pañoletas blancas, de zagalejos chillones, de cintas de terciopelo agitándose en las cofias de encajes, de blusas pasamaneadas, de chaquetas de jerguilla; á un redoble de tamboril, esta batahola se alineó, desfiló por bandas, con los jarretes tendidos, las manos unidas. Un trino del pífano hizo ondular todo el circo, y la farándula, guiada por un moceton de Barbantane, el país de los bailadores famosos, se puso en marcha lentamente, desenvolviendo sus anillos, dando sus brincos casi en el mismo sitio, llenando de un ruido confuso, de un choque de telas y de alientos, el enorme hueco del vomitorio, donde poco á poco se precipitaba. Valmajour seguía con paso igual, solemne; al andar rechazaba su grueso tamboril con la rodilla, y tocaba más fuerte á medida

que el compacto hacinamiento de la Arena, medio anegada ya en la ceniza azul del crepúsculo, se devanaba como un ovillo de oro y seda.

— ¡Mirad allá arriba! — dijo Roumestan de pronto.

Eran las primeras bailarinas, que asomaban entre los arcos de bóveda del primer piso, mientras el tamborilero y los últimos faranduleros perneaban todavía en el circo. Al marchar, la ronda se alargaba con todos aquellos á quienes el ritmo arrastraba. ¿Pues quién, entre aquellos provenzales, hubiera podido resistir á la flantilla mágica de Valmajour? Llevada, lanzada por los sacudimientos del tamboril, oíase á un tiempo en todos los pisos, pasando por las verjas y los respiraderos abiertos, dominando los gritos, las exclamaciones de la turba. Y la farándula subía, llegaba á las galerías superiores, que el sol bordaba aún con una luz amarillenta. El inmenso desfile de los bailarines saltarines y graves se destacaba entónces sobre los altos huecos cintrados del circuito, en la cálida vibración de aquella caída de tarde de Julio; una procesion de finas siluetas animaba sobre la piedra antigua uno de esos bajo-relieves como los que hay en el fronton desmoronado de los templos. Abajo, en el estrado abandonado— porque se marchaban y el baile adquiría más grandeza encima de las gradas vacías— el buen Numa preguntaba á su mujer, colocándole un pequeño chal de blonda sobre los hombros para resguardarla del fresco de la noche:

— ¿No es esto hermoso?... ¿No es bello?

— Muy hermoso — prorumpió la parisiense, cuya naturaleza de artista se había conmovido esta vez hasta lo más íntimo.

Y el grande hombre de Aps pareció más orgulloso de esta aprobacion que de los estrepitosos homenajes con que se le abrumaba hacia dos horas.

II.

El revés de un grande hombre.

Numa Roumestan tenía veinticinco años de edad cuando llegó á París para terminar la carrera de Jurisprudencia, que habia empezado en Aix, y era en aquella época un buen muchacho, alegre, vivo, de enardecida sangre, con grandes ojos de batracio, y una cabellera negra toda rizada, que le comía la mitad de la frente, como un gorro de piel sin visera.

No habia siquiera la sombra de una idea, ni de una ambicion, bajo aquel enrespado monte de cabellos.

Era un verdadero estudiante de Aix, fuerte en el billar y en el tute, sin igual para beber una botella de champagne, para rondar por las calles hasta las tres de la madrugada, en aquella vieja ciudad aristocrática y parlamentaria; pero nada le interesaba; no abría jamas un libro ni un periódico; estaba como embutido en su ingenua indiferencia provinciana, encogiéndose de hombros por todo, y cubriendo la ignorancia con cierto renombre de buen sentido.

El barrio Latino de la gran ciudad le despabiló un poco, y sin embargo, no habia para qué. Numa se instaló, como todos sus compatriotas, en el café de Malmus, alta y tumultuosa barraca, que ostenta sus tres filas de vidrieras, anchas como las de un almacén de géneros de novedad, en el extremo de la calle Four-Saint-Germain, en el cual resonaban á